á quien tu oración de la noche hacía dormir deliciosamente; luego he oído tus palabras como en un sueño; me encontraba tan bien, que no quería abrir los ojos, y no me moví hasta que mi cerebro recobró completamente el manejo de los sentidos. En seguida he preferido la realidad á mi dulce sueño, y me he arrojado en los brazos de este excelente hombre, á quien pido perdón.....

—¿De qué?—dijo Salcedo con tono cordial y conmovido.—¡Vaya, hablad á vuestra madre; yo me retiro!

—Id á buscar á Gastón—exclamó Roger.—Lo que tengo que decir á mamá quiero decírselo también á él.

CAPILLA ALFONSINA
Biblioteca Universitaria
U. A. N. L.

XXI.

Salió Salcedo. La Condesa permaneció un instante aturdida por lo que acababa de oir á Roger.

—¿Gastón?—repitió ella con tono de sorpresa.—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Querida madre—respondió Roger, que me parecía que estaba arrodillado ante ella—ese nombre que en mi niñez me prohibían pronunciar en tu presencia porque te hacía llorar, puedo repetírtelo cien veces al día, ahora que tienes, que tenemos á ese Gastón querido, y del que ya nada nos separará!

Contó rápidamente cómo el abate Ferras le había informado de todo, y cómo había abierto sus brazos á su hermano, asegurándose por el testimonio de Ambrosio de que ciertamente era él. Contó también su entrevista conmigo, pero sin acusarme

de ninguna mala intención y acusándose él mismo de haber interpretado mal mis palabras.

—Pero no he podido esperar el día—añadió.—Sentía aún un disgusto mortal y una necesidad de abrazarte, superior á cuanto pueda decirte. Escucha, madre mía: yo no valgo nada, ni siquiera merezco ser hijo tuyo; pero tengo algo de bueno, y es que te adoro, y que si no tuviese la certidumbre, la convicción absoluta que, sin saberlo, acabas de darme, lo aceptaría todo y te querría aun más, si fuera posible.

Madre é hijo se abrazaron apasionadamente; durante largo rato sólo oí sus besos y sus suspiros mezclados con exclamaciones de alegría, hasta que entró Salcedo con Gastón y Ambrosio. Roger se arrojó en brazos de su hermano y luego le condujo á los de su madre. Abrazó también á Salcedo, y después de dirigir afectuosas palabras á Ambrosio, preguntó dónde estaba yo. Le dijeron que ninguno me había visto, pero que estaba avisado y que no tardaría en llegar. Entonces Roger preguntó por qué Carlota y sus padres no habían de asistir los primeros al reconocimiento público que quería hacer de su hermano.

Trinidad se negó á ello, y con voz firme dió esta inesperada y sorprendente respuesta:

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

—El reconocimiento del corazón se ha hecho aquí entre nosotros, y yo lo acepto con profundísima alegría; pero quiero y debo deciros que jamás aceptaré que se haga otro público.

—Comprendo—dijo Roger.—Las malas razones y tontas palabras que te dije ayer en *La Violeta* te impresionaron demasiado, y temes que nuestra madre tenga que sufrir aún á causa tuya. Todo lo que te dije, considéralo como no dicho. Lee esta declaración de nuestro padre, que yo no conocía.

—La conozco—dijo Gastón rehusando tomar el escrito—y no la encuentro suficiente para explicar la duración de mi destierro á los ojos de los indiferentes. Inútil para convencernos á nosotros, sería vana para la maledicencia. El Conde Adalberto de Flamarande no me ha querido por hijo suyo, puesto que ha muerto sin ocurrírsele en toda su vida volverme á llamar á su lado. Yo tampoco le quiero por padre. No quiero llevar su nombre, y menos participar de sus bienes. Si llego á tener hijos, como espero, no quiero tener que contarles la doble leyenda de Gastón el pastor. Renunciando á todo parentesco con él es como puedo perdonarle y abstenerme de ultrajar su memoria. Si él fué cruelmente orgulloso, yo tengo en cambio una vanidad loca y renuncio á la posición que él me

rehusó. No tratéis de hacerme cambiar de opinión porque perderíais el tiempo.

Esta declaración nos dejó á todos estupefactos.

Ambrosio, que creía comprenderla, fué el primero en juzgarla y el único en aprobarla.

—Me parece que tienes.... perdonad, que tenéis razón, señor Conde. Vos merecéis ser Marqués, lo que, según parece, es más honor, y tener un padre que os ame en lugar de uno que no os ha amado.

—¡Calla—respondió Gastón—no sabes lo que dices, mi pobre viejo! Si yo reniego de mi padre no es ciertamente para tomar otro, por más afecto que le tenga. Si rehuso una fortuna, no es para aceptar otra más considerable. No admito, ni Carlota lo admite tampoco, que Mr. de Salcedo renuncie al matrimonio á los cuarenta años, ni que se cree una obligación que encadenaría su porvenir. Demasiados favores le debo, y no tendría realmente vergüenza si aceptase más. Por otra parte, todas esas cuestiones de intereses materiales y de privilegios sociales me son extrañas, y creo que son verdaderas tiranías á las que me juré á mí mismo escapar, el día que comprendí sus peligros.

—Yo he sido quien te los he hecho comprender, ó por mejor decir, entenderlos mal—dijo Roger.— Me viste trastornado, loco y.....

—Te ví desgraciado—respondió Gastón—y te hice un juramento que no quiero violar. Te dije que no quería ser más que *Trinidad* Michelin, tu colono, y que éste era mi sueño dorado, y te dije la verdad, porque querría mejor tener que pedir limosna que volverte á ver, por mi causa, en el estado en que ayer te ví.

—¡Ah, hermano mío! ¡Eso es quererme castigar bien cruelmente por una mala hora que he tenido en la vida! ¡No quieres que la repare; me rehusas la dicha de reconquistar tu estimación y la mía!

—Nada tienes que reparar; no me has ofendido y has llorado en mis brazos. Nunca tendrás mejor amigo que yo, que te querré tanto como quiero á Mr. de Salcedo, que es cuanto puedo decir. Si alguien hay en el mundo á quien prefiera á tí, será..... élla, nuestra santa madre que nos oye y que ha sido el encanto de toda mi vida, la eterna aspiración de mi corazón, mi ideal, mi aparición celeste, mi pensamiento íntimo, mi muda plegaria, mi misterio y mi fe.

—¡Y no quieres—dijo la Condesa—que sea la compañera de tu vida; quieres vivir independiente de mí, quieres rehusarme la única gloria de que podía envanecerme, la de tener dos hijos como vosotros!

—¿No quieres—continuó Roger—que yo tenga á mi lado un consejero, un apoyo contra los peligros del mundo, un guía á través de sus escollos? ¿No tienes deberes para con nosotros? ¿Quieres castigarnos por no haberte podido salvar del destierro que has sufrido? ¡Eres verdaderamente cruel, y tentado estoy de creerte algo loco!

—No insistáis—dijo entonces Mr. de Salcedo. —No cederá por ahora; dejémosle tiempo para reflexionar. Aquí llega Madame de Montesparre; salgamos á su encuentro.

Salieron todos, y yo aproveché aquel momento para introducirme por el pasadizo secreto y salir al campo.

Quería llegar á Murat, para volverme á París en el ferrocarril, pero me faltaron las fuerzas. A dos leguas de Flamarande caí rendido de fatiga, y tuve que pedir hospitalidad en una casa de campo. Allí me encontré muy enfermo; pero esperaba recobrar algunas fuerzas para poder ponerme de nuevo en camino al día siguiente, y escribí á Madame de Flamarande, diciéndola en pocas y respetuosas palabras que abandonaba el servicio de la familia y me iba á París; que cuando llegase allí dejaría en su hotel una tarjeta con mis señas, á fin de que su administrador me encontrase á sus

órdenes para suministrarle todos los datos y noticias que creyera convenientes.

Pasé una noche terrible en aquella casa, y al día siguiente llegué á Murat casi arrastrándome. Me ví obligado á permanecer allí tres días, presa de la fiebre; por fin, encontrándome mejor y no pudiendo acostumbrarme á la idea de un eterno aislamiento, resolví ver á Madame de Montesparre y pedirle un empleo en su casa, aunque fuera de ayuda de cámara, con objeto de tener, de cuando en cuando á lo menos, noticias de la familia de Flamarande. Creía que habrían conseguido vencer la resistencia de Gastón y que le habrían llevado á París para regularizar su nuevo estado. Tomé un carruaje para dirigirme á Montesparre por la carretera. Mi delicada salud no me permitió hacer el viaje en una sola jornada. Por fin llegué á Montesparre á los cinco días de haber salido de Flamarande. Sabía que la Baronesa pensaba quedarse en Auvergnia hasta la entrada del invierno, cualquiera que fuese el desenlace de los acontecimientos por que pasaba la familia Flamarande. Me apeé en una de las entradas del parque, que daba al camino y que se hallaba á bastante distancia de la casa. Mi estado nervioso me hacía insoportable el movimiento del carruaje; y por otra parte, no que-

ría presentarme con cara de enfermo, y esperaba que un paseo por la sombra del parque me entonaría. No sucedió así; me sentía desfallecer y tuve que sentarme en el primer banco que encontré al paso. Me pareció oir hablar á dos pasos de mí; pero estaba tan débil, que todo me era indiferente; ni siquiera me daba cuenta del sonido de las voces ni del sentido de las palabras. Sin embargo, reconocí que Madame de Flamarande y Madame de Montesparre hablaban con animación á mi espalda, paseando por un sendero en forma de terrado, situado por encima de aquel en que me encontraba yo, oculto á sus miradas por exuberantes arbustos de lilas. Me levanté rápidamente con intención de alejarme; pero temía ser visto, y no quise meterme de nuevo entre la familia Flamarande, cuando trataba precisamente de esquivar su contacto. Me vi, pues, obligado á escuchar la conversación de las dos amigas.

Madame de Montesparre insistía con Madame de Flamarande para que ésta prometiese su mano á Mr. de Salcedo.

—No—respondió ésta—eso no tiene razón de ser desde el momento en que Gastón rehusa á ser adoptado por él. Gastón quiere fijarse en Flamarande, ya que por fin ha aceptado de su hermano

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

esas pobres rocas y esa modesta propiedad que figurará comprada por Gastón. Mr. de Salcedo ama también á Flamarande, donde se ha sepultado por cariño y donde ha llegado á distraerse por costumbre y por su amor á las ciencias naturales; pero ama ante todo á Gastón, y sería un sacrificio superior á sus fuerzas tener que separarse de él. Estoy bien convencida de que no desea en modo alguno un matrimonio que le alejaría forzosamente de su discípulo.

—¿Por qué le había de alejar?—exclamó la Baronesa.—Os construirá en el lugar que ocupa el *Refugio* un castillo digno de vos, en el que pasaréis los veranos al lado de Gastón, y á donde Roger vendrá á cazar.

—Los veranos son cortos en Flamarande, y Roger, á pesar de su afecto por su hermano, no se decidirá á pasar todos los años tres meses en Aubergnia. Además, durante el resto del año Salcedo tendría que separarse de Gastón ó dejarme vivir en estado de viuda, como hizo Mr. de Flamarande, porque si bien yo sería capaz por Gastón de quedarme aquí á vivir entre nieve, no debo ni puedo separarme de Roger, que no sabría vivir sin mí y que se entregaría á verdaderas locuras si le abandonase á sí mismo. En fin, querida amiga,

no os hagáis ilusiones. Si bien Gastón aceptaría con gran placer, según creo, mi matrimonio con Salcedo, comprenderéis muy bien que á Roger le haría sufrir infinito tal proyecto. Roger es celoso de mi cariño y ha necesitado hacer un gran esfuerzo para consentir en compartirlo con su hermano; pero si tuviera que compartirlo aún con un esposo y con..... ¡Pensad que soy aún lo bastante joven para poder tener otros hijos! ¡No, no, nunca! ¡No habléis jamás á Roger de vuestro proyecto. Aun cuando éste fuese favorable á él, yo lo rechazaría. Conozco demasiado á mi Roger, para exponerle aún á combates como el que acaba de soportar. No triunfaría de ellos sino á costa de sufrimientos que harían de mi porvenir un infierno peor que el de mi pasado.

—En todo eso—replicó la Baronesa—razonáis bajo el punto de vista de vuestra propia conveniencia y de la de vuestros hijos, pero no contáis para nada con la fiel y generosa pasión del pobre Alfonso.

—Si tal pasión ha existido, segura estoy de que el tiempo, la razón y el estudio han triunfado de ella. Salcedo no es ya un niño.

—¡Aquí llega él!—exclamó la Baronesa.—Preguntadle, y os convenceréis de que no está curado. Acaso no se atreva á deciros todo lo que siente,

porque ha conservado para con vos la timidez de los veinte años. Pero interrogad á sus miradas cuando os responda.

—No tendrá que responderme, porque no pienso interrogarle.

—Pues os advierto que él conoce mis proyectos y que le he citado aquí para que decidieseis su suerte. Vamos, Rolanda, ya es hora de hacer cesar esa situación equívoca de amistad desinteresada, contra la que la pasión protesta en él y en vos. Tened valor; permitidle que os diga cómo piensa arreglar su vida en consonancia con lo que á vos os exigen las circunstancias, y vuestra reunión con vuestros dos hijos. Estad segura de que éste será el único medio de que Gastón consienta en ser adoptado por Salcedo.

—Os equivocáis; Gastón dijo que no, y desde hace cinco días resiste á nuestros ruegos y desoye todos nuestros argumentos. Llegará probablemente un día en que, si Salcedo se ha mantenido soltero y persiste en dejarle su nombre y sus bienes, acepte para sus hijos lo que hoy rechaza para sí; pero al presente es inútil insistir; es preciso someterse á verle durante muchos años hecho un verdadero aldeano y á no pasar con él más que una pequeña parte de ese largo período de tiempo. Salcedo se

aproxima, y puesto que lo queréis asi, voy á hablarle y á repetirle lo que acabo de deciros.

—Mejor sería que le dijeseis la verdad.

—¿Qué verdad?

—El amor que sentís por él. Segura estoy de qae en ese caso haría milagros por conciliar vuestra dicha con la de vuestros hijos.

—¡El amor que siento por él! Pues bien, voy á decírselo. Quedaos y oiréis la verdad.

—No la diríais delante de mí, y espero que estando solos sabrá arrancárosla. Os dejo.

Algunos instantes después volvía Madame de Flamarande con Salcedo, á cuyo encuentro había salido, y se sentaban ambos sobre un banco situado precisamente encima del que yo ocupaba, y en el que permanecí como clavado por una curiosidad de la que entonces estaba ya seguro de no hacer mal uso.

XXII.

Yo no había oído las palabras cambiadas entre ambos en el sendero. Las primeras que escuché constituían la expresión clara y concreta del penpensamiento de la Condesa.

—Hablemos francamente—decía ella—brutalmente si es preciso, para cortar esta anómala situación. Sé lo que os ha dicho la Baronesa y conozco el lazo que me tenía preparado. Además, hace ya mucho tiempo que ella me habla constantemente de vuestro amor y que os *revela* el mío. Esta revelación es una suposición enteramente gratuita, fundada en apreciaciones exclusivamente suyas. Berta os ama y os amará toda la vida en la forma y sentido que á mí me atribuye, y no puede comprender el género de afecto que yo tengo por vos; vos que conocéis mejor el corazón humano, le comprenderéis de seguro. Sabéis mi amis-